

Daniela Alcívar Bellolio

SIBERIA

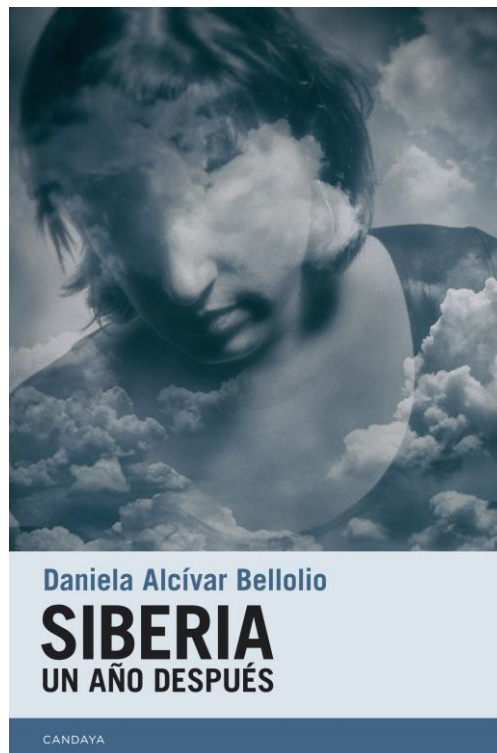
Un año después

*La experiencia
devastadora de
sobrevivir a un hijo.*

Candaya Narrativa 64

Diseño de la colección: Francesc Fernández
©Imagen de la cubierta: Francesc Fernández
Primera edición: diciembre 2019

ISBN: 978-84-15934-71-4
21x14 cm; 160 páginas.
PVP : 15€



FRAGMENTO DE SIBERIA. UN AÑO DESPUÉS.

Me distraigo en la agitación de las copas de unos árboles lejanos, deben ser de algún pulmón de manzana. Tengo la marca de los dedos de Julián en el brazo derecho. Si la toco, me duele. Pienso que se hará morada, y que su forma de mano será imposible de ocultar. He sentido un miedo intenso y un desprecio sin medida. Nunca antes me había visto maniatada por una fuerza física que no pudiera controlar. Me agarró del brazo cuando le dije que me largaba, me lo agarró con tanta fuerza que ahora está marcado. Lo miré a los ojos y vi esa acuosidad descolocada de los ebrios: reconocí ahí a mi padre también, esa película líquida empañando el color del iris, amarilleando el blanco, enrojeciendo las venitas mínimas que surcan ese territorio curvo. Me miró así, ebrio e impotente, y yo sentí miedo porque nunca me habían agarrado de ese modo, nunca había sentido que no podría zafarme a menos que el otro decidiera soltarme. Miedo y violencia, ganas de golpear, de escupir, de gritar.

Me distraigo con esos árboles agitándose con el viento de primavera y siento el cosquilleo en el brazo. El odio me viene en raudales y el cuerpo se me estremece en cada oleada. Algo así como el deseo, que cuando me domina me escamotea el pensamiento y cintila en mis miembros y vibra en mi cerebro como una cabalgata desbocada de animales salvajes. Es peculiar esta excitación que tengo: no distingo bien, ahora, el miedo del odio, tampoco el obstinado amor del deseo de romper algo dentro de mí, de decir algo que no pueda ser nunca recuperado. Pero desconfío de este

impulso, me remito al recuerdo de toda ocasión de furia y su resultado invariable: el silencio. La benevolencia idiota o la lentitud mental que me hacen callar ante la ofensa. Corre una brisa tibia y esas hojas siguen moviéndose tranquilas. Llegué hasta acá desde Flores sin darme cuenta del recorrido a pie: ahora siento el latido del corazón en mis muslos, que palpitan. El sol se está filtrando entre los árboles florecidos y escucho el ronroneo de los cables eléctricos sobre mi cabeza.

Es pacífica la primavera, la veo pasar en esta calle desierta: miles de partículas se desprenden de los plátanos y van volando, diagonales, por el aire. Todo se ilumina y se entrega en el mundo, todo aparece.

Quiero escribirle al Díaz y decirle que lo he amado siempre, que quisiera hacer el amor con él. Quisiera mostrarle mi brazo marcado y entregarme patéticamente a sus brazos. Siento un poco de asco de mis fantasías. Hasta ahí llegaría mi furia, supongo. Hasta sentir ese olor familiar que tantos años de intermitencia no han podido despejar de mi nariz. Por jugar, porque me conozco pusilánime, el terror al rechazo como móvil de todo, busco en mi teléfono su número: aparece junto a su foto en miniatura. Última conexión: 10:37 a. m., hace tres minutos. Qué palpitante cercanía me produce imaginarlo revisando su teléfono en el mismo momento en que yo volvía a recordarlo apretándome la cintura contra su cuerpo. Aunque esté en Quito y yo en Buenos Aires. Cómo iría, me pregunto, esa conversación: entre la sorpresa y la incomodidad, sin saber qué decir. Luego, el desaliento, la constatación de que es mejor no hablar de cosas que ya no existen. Por supuesto que no le contaría que Julián me acaba de agarrar del brazo tan fuertemente después de una noche de borrachera que me lo dejó morado, con la exacta marca de su mano surcándome la piel. No lo haría porque su respuesta sería asquerosamente razonada y estéril, no me diría que tome un avión y vaya a su casa, que me esperaría con el desayuno listo y la música que nos gusta. Nada de eso. Me aconsejaría ponerme a resguardo hasta que pase la violencia y luego intentara dialogar. Que hablara con mi familia. Las respuestas de un perfecto cuarentón goleado por la vida. Cuando pienso en la verdad del Díaz, en su monótona realidad cotidiana, me acuerdo de las razones por las que nunca vencí la resistencia, que no lograba explicarme del todo, a entablar con él algo más que esa serie de encuentros que definieron nuestra vida juntos por ocho meses. Aún en medio de toda esa furia amorosa sabía que tarde o temprano le vencerían sus ganas de ser una persona de bien, un buen quiteño envejeciendo con dignidad.

Me asombra constatar hasta qué punto estoy quedada en el tiempo. Debe ser un efecto secundario de haberme ido hace tantos años; ha quedado todo tan difuminado en esa distancia que mi imaginario sigue siendo el de mis veinte años: romántico y cursi, exagerado, abierto, expuesto, luminoso, étlico, salvajemente sincero. Nada de eso existe, y tal vez no existió nunca. Por eso fantaseo, con el teléfono en la mano, sentada en la vereda de una calle de Villa Santa Rita, con tocar apenas la foto en miniatura del Díaz y que eso desencadene de nuevo la convulsa estupidez de los

años anteriores a mi partida.

Me pregunto si se habrá dormido ya Julián. Porque ahora quiero furiosamente volver a casa y abrazarlo.

Tranquila y silenciosa mañana de entresemana en San Vicente. Nadie en el condominio. Julián y yo guardábamos un silencio que nada interrumpía, salvo el rumor del mar y el zumbido de algunas moscas parecido al zumbido de los cables sobre mi cabeza ahora mismo en Santa Rita. Esas moscas se me posaban en las piernas y en las manos, atraídas por el olor a coco del protector solar. El azul del agua de la piscina destellaba con el sol que estaba en medio del cielo sin una nube que lo atenuara. Boca arriba con los ojos cerrados, la luz relampagueaba debajo de mis párpados, formaba constelaciones y rutilaba sin control. Sentía la mirada de Julián sobre mí y el peso de su silencio implacable. Juan y la novia estaban en el departamento, cogiendo. No habían parado desde que se conocieron. Yo acepté la invitación a la playa por puro despecho, porque el Díaz me había tratado mal (me destratas, me acuerdo que le dije, y yo misma sentí el peso de la fealdad y la exactitud de esa palabra sobre mi cabeza: “me destratas”), y porque ya no quería estar cerca del Paco, que apuntalaba mi culpa con su bondad ilimitada.

Todos los sonidos mínimos de los alrededores de esa piscina en San Vicente se acentuaron poco a poco para rodear al silencio de Julián. Los chillidos de las gaviotas y hasta sus alas tensas contra el viento, el zumbido de las moscas más cerca y más lejos, la respiración que se hacía pesada con la acumulación del calor en el cuerpo. A veces, algo mínimo que caía en el agua y luchaba unos segundos antes de rendirse a la inminencia del ahogo, a veces también el roce del pecho de alguna golondrina de mar (¿hay golondrinas en San Vicente?) contra la superficie de la piscina, apenas un roce, un deslizamiento instantáneo y ágil, una forma de tentar a su suerte que tienen esos pájaros, de probar su habilidad para descender a nuestra altura y volver a tomar vuelo, con la frescura del agua contra el pecho al viento.